

Volar (para mi padre)

Me encanta volar. A la mayoría de la gente parece no gustarle por miedo, incomodidad o aburrimiento. Pero yo me emociono como una niña pequeña cada vez que el avión entra en una pista de despegue, pegada a la ventanilla (siempre me pido una ventanilla, de otra forma el volar pierde mucho de su gracia) espero nuestro turno y observo como avión tras avión se dispara al aire, al espacio libre, hacia un destino desconocido y seductor. Concentro al máximo mis sentidos cuando empezamos a rodar, cada vez más rápido. Me embriago voluntariamente con la velocidad que solo puedo alcanzar en un avión y el momento en el que noto que no las ruedas sino las alas nos sustentan, me produce una extraña felicidad. Me relajo tan pronto que me siento en el aire y disfruto de esta sensación de haber ido pero no haber llegado todavía a ninguna parte. Es un estado de excepción: me encuentro entre dos mundos y lo que normalmente considero una metáfora se escenifica a nivel real y físico. Me siento en una equidistancia de todo y de todos.

Mientras mis vecinos conectan sus aparatos electrónicos tan pronto como está permitido y se tapan los oídos con todo tipo de auriculares, yo saco mi bolígrafo y mi librito. Soy una dinosauria que sigue escribiendo un diario a mano, a pesar de todas las nuevas tecnologías e infinitud de aplicaciones prácticas. No escribo regularmente pero a veces de forma compulsiva, es una de las mejores terapias que conozco para mantenerme cuerda. En el avión escribo siempre, lo extraordinario de la situación me inspira. Y realmente es una situación insólita: somos muchas personas encajadas en poco espacio y sin la menor posibilidad de escape. Normalmente una situación así me podría causar claustrofobia. Pero no: siento una soledad que se me antoja casi placentera y sé bien que esto es un extraño privilegio. Si es verdad que el cambio de la perspectiva óptica ayuda a ver las cosas de otra manera, un viaje en avión es una ocasión sin igual. La pequeñez de las casas, de los coches, todo parece insignificante; hasta las centrales nucleares con su inequívoca nube de vapor parecen salir de un libro infantil inofensivo. Hace falta un esfuerzo mental para comprender que es el mismo mundo que vivimos a diario con todos sus problemas y miserias.

No se pueden ver las fronteras y cuestionar su importancia parece un ejercicio lógico aquí arriba. Cuantas más veces traspaso las mismas fronteras cuanto menos las comprendo. No me importa que haya mal tiempo y la ventanilla no me deje ver más que escalas de grises mientras el avión con la obstinación de una mula fiable encuentra su camino. Pero el buen tiempo siempre es más espectacular. He estado muchas veces en la montaña pero desde ninguna cima he podido apreciar tanto su

ilimitada belleza. A través de mi ventanilla trato en cada viaje de diferenciar y reconocer siluetas, dientes rocosos y lomos quebrados pero nunca logro adivinar si estoy todavía en un país o ya he entrado en otro.

Son muchos años volando la misma distancia siempre de x a z, y viceversa, siguiendo diferentes rutas según precio de los billetes en el mercado. Así que conozco aeropuertos pero apenas las ciudades a las que pertenecen. Las conozco, como si fuera una marciana, desde el aire: la tour Eiffel y las torres Picasso, la ciudad de los muchos puentes, un puerto mediterráneo. Es llamativo de qué forma más elocuente un aeropuerto revela las características del entorno que lo alberga. Los que dicen que todos los aeropuertos son iguales no saben mirar.

Más que en un avión comercial me gustaría volar con un piloto experimentado en un avión pequeño o, más aun, haber aprendido yo misma a pilotar una avioneta. Me acuerdo como de niña observaba los planeadores desde nuestra terraza escuchando las historias de mi padre cuando el mismo había volado en uno de ellos. A veces el sol hacía destellar los metales de los aparatos y entonces parecían estrellas fugaces a plena luz del día. Había que achinar los ojos para evitar el dolor pero se podía apreciar perfectamente el momento preciso en que el planeador se desenganchaba del avión de motor y por un momento parecía que se quedara suspendido en el aire como si hubiera perdido la conexión con el tiempo. Mientras la avioneta cambiaba de rumbo y se perdía detrás del horizonte, el planeador se lucía volando sigilosamente en largas y elegantes curvas y vueltas buscando su propia órbita entre las diferentes masas de aire. Yo admiraba a mi padre y sentía la grandeza del cielo.